VI Domingo del Tiempo Ordinario (13-02-22)
Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas,

Jesús, desde el comienzo de este Evangelio de Lucas, ha anunciado que trae el "año de la gracia del Señor" y que, este año, es para liberar a los oprimidos, para desatar las cadenas de la opresión, para hacer y devolver la vista a los ciegos, para hacer posible que toda la humanidad crezca en humanidad para que llegue al Reino pleno de Dios que comienza cuando vivimos en su amor.

Y ahora, se ha retirado al monte, pasándose toda la noche en oración, ha elegido a los doce. Y bajando del monte se coloca en un llano, sus discípulos se quedan arriba, y el pueblo está abajo, una multitud enorme de discípulos. Es allí, en esta condición tripartita (doce discípulos que están arriba, Él que está en el llano, abajo con la gente), y Jesús pronuncia estas palabras levantando la mirada hacia los doce y diciendo: «Dichosos los pobres, porque de ustedes es el Reino de Dios»". Esta es la matriz de lo que nos revela el Señor ya en la sinagoga de Nazaret y hoy día lo reitera.

¿Qué quiere decir que "de ustedes" es el Reino de Dios?. Jesús no está diciendo "qué bueno que son pobres", "paciencia, paciencia, que ya les vendrá un tiempo mejor". ¡No! El Señor les está diciendo que, en medio de su pobreza, Dios no los abandona y Jesús viene a revelarles que Dios está actuando en favor de ellos y que de ellos es también la plenitud de la salvación, "Dios que reina en su favor".

Y esto quiere decir que, cada vez que existe un enfermo, una persona afectada por la opresión y el maltrato, por la falta de trabajo, por la marginación; cada vez que existe una zona ecológica afectada, como en el caso de los pescadores y de nuestros hermanos de la Amazonía; cada vez que, nosotros mismos, que caminamos por las calles esforzándonos todos los días en sobrevivir, debemos de reconocer que Dios está de nuestra parte, y por lo tanto, existe una fuerza que alienta nuestra vida porque Él no los abandona.

Y era necesario decirlo porque en la visión de Israel se pensaba que Dios estaba con los sacerdotes ricos del templo de Jerusalén,

sacerdotes que, más bien, explotaban a la gente, la maltrataban, destruían sus vidas, se reían de la gente acumulando riquezas a través de los sacrificios y holocaustos del templo, porque les hacían creer que si hacían muchos sacrificios y daban mucho dinero, el Señor “les derramaría” su gracia magicamente.

No es necesario ofrecer grandes esfuerzos para que el Señor nos ame, porque Dios nos ama porque somos sus hijos, y especialmente ama muchísimo más -dice la Iglesia- en forma definitiva, “preferencialmente” a los pobres, a los oprimidos, a los maltratados, a los que sufren. Y por eso, Jesús habla en el Evangelio de Lucas (6, 17. 20-26) usando tres expresiones: “Dichosos ustedes pobres”, “los que tienen hambre” y “los que lloran”.

“Dichosos ustedes pobres, porque de ustedes es el Reino”, después dice: “Dichosos los que sufren, ahora, en este momento, hambre, porque serán saciados”, “dichosos ustedes, ahora, los que lloran, porque reirán”.

Hermanos y hermanas, son palabras de esperanza que realizó Jesús mismo, desde pequeño, desde que nace en un pesebre, porque Él comprende que en el mundo existe una injusticia y una desigualdad. Y si Él llega como Hijo de Dios para salvarnos, tiene que hacer eso que la Iglesia solemnemente declara ‘la opción preferencial por los pobres’, que se caracterizó después con dos agregados: opción preferencial por los pobres “ni exclusiva, ni excluyente”,… “pero firme e irrevocable”!.

Se hizo aquí un complemento a lo dicho en la Asamblea de obispos de Puebla, completando una expresión que comenzó a hacerse en Medellín, que fueron reuniones de obispos en América Latina, y luego, Juan Pablo II recordó: “pero firme e irrevocable”, porque a veces pensamos que como Dios nos ama a todos, entonces, como a todos nos quiere, porque todos somos sus hijos, cuando hay líos entre los hijos, nadie hace algo para que, los hijos que están portándose mal, mejoren su comportamiento y ayuden a los otros, a la gran mayoría de sus hijos, a la gran mayoría del mundo que sufre.

Hoy día que recordamos la exhortación post-sinodal del Papa “Querida Amazonía”, que tiene ese nombre precioso de amor por esta zona marginal del mundo que es el pulmón del mundo y, simultáneamente, está habitada por hermanos nuestros que están marginados, a pesar de que ellos hacen esfuerzos enormes por vivir,

por hacer posible que se cuiden los bosques para toda la humanidad. Y son maltratados con derrames peores a los que ustedes, hermanos pescadores, han recibido estos días, porque los ríos se contaminan completamente y no pueden sobrevivir. Ustedes saben ahora que tenemos un compromiso, toda nuestra ciudad de Lima y toda nuestra costa con nuestra Amazonía.

Y por eso, hermanos y hermanas, este es un día muy importante porque el Señor dice: “dichosos”. Alegrémonos porque el Señor está con nosotros, sobre todo, con quienes más sufren. Sintamos el aliento del Señor y no tengamos miedo; esforcémonos por reconsiderar las cosas, por presionar, por dialogar inteligentemente, para que estas cosas se solucionen, para que los descuidos de los grandes de la tierra no se produzcan como se han producido. Y esto implica, de parte de todos, el considerar que también esperamos en la conversión de los grandes de este mundo.

El texto de Jesús les llama “ricos”, sobre todo, pensando en que, el que acumula riquezas, normalmente, siempre escoge la vía para enriquecerse más. Y por eso, es la persona que no sufre, que vive muy muellemente, y también que se ríe de los demás, de los que sufren. Pero el Señor les dice: “Ay de ustedes”, porque no saben lo que se viene, no saben el futuro que van a tener”.

Y aquí hay algo muy importante que el Señor quiere ahora que hagamos: una identificación con quien Él se identifica: Jesús vino a esta tierra para mostrarnos que Dios se hace pobre, Dios se identifica como uno de ellos. El Papa San Pablo VI dijo cuando vino a visitar Medellín que nosotros estamos ante el “sacramento del pobre”. Y ese sacramento significa que la vida de los pobres es sagrada y tiene que ser protegida, para que pueda progresar en esta vida en forma ordenada y pueda tener sus posibilidades. Pensemos en las amas de casa, en las mujeres que sufren todos los días por sus hijos, o que han entregado su vida y han sido asesinadas, de todas las personas que trabajan en la calle, todos ellos, son los preferidos de Dios. Y todos nosotros tenemos que organizarnos para ayudar a los preferidos de Dios.

La Iglesia de Lima que, en sus inicios, tiene una cosa doble, una ciudad centro acaudalado, lleno de riqueza, producto de la exportación de mineral, con gente riquísima (por eso es que podemos ver los palacios de la ciudad), pero viviendo frívolamente e indiferente

al dolor humano. Y nuestros santos, Santa Rosa de Lima, San Martín, preocupándose por los pobres, por darles aliento, pero no para adormecerlos. El Papa Francisco dice que Jesús, así como a sus discípulos, también tomó de la mano en Lima a algunos, para anunciar el Evangelio. ¡Y evangelizó esta ciudad!

Y es que nos falta, hermanos, evangelización; nos falta anunciar, como Iglesia, la buena noticia, y como dice el Papa: “salir de las sacristías”, porque tenemos la costumbre de crear una “Iglesia de sacristía”, que es muy bonita, muy linda, porque hacemos lindas liturgias ¡Eso está muy bien! Pero eso no es suficiente para salvarse, al contrario, una Iglesia que se regodea y está pensando solamente en sí misma, no es la Iglesia del Señor.

Esto implica toda una reorganización, una redefinición de la Iglesia y estamos en eso. Ese es el camino sinodal de reforma que el Santo Padre ha dicho para la Iglesia universal y que nos hemos propuesto, fielmente, en nuestra ciudad, organizar para que todos tengan acceso a una vida mejor. No una vida de ricos. Es verdad que hay algunos pobres que tienen mentalidad de rico y buscan sacar su “troncha”, pero no es la actitud general, no es la actitud sencilla de quien quiere progresar y tener los mínimos elementos de vida digna.

Tenemos mucha gente también que, habiendo sido pobre, ya ha conseguido algo y no quiere soltar. Hoy el Papa ha dicho en el Ángelus que esa gente “no quiere desencajarse”. Por eso es necesario que nos desencajemos, para que no seamos rígidos y estemos totalmente entumecidos, rígidos sin cambiar, sino dejarnos ganar por la el Espíritu y la solidaridad.

Pensemos siempre en esto, hermanos: “Cuando yo tengo hambre, otro come, y viceversa. Cuando yo como, otro tiene hambre”. Todos tenemos que pensar que tenemos una deuda, una deuda muy profunda. Como decía un poeta nuestro: “Tal vez si yo no hubiera nacido, otro pobre tomara este café. Yo soy un mal ladrón, a dónde iré”…

Todos lo que tenemos algo, lo tenemos, porque otro no lo tiene; y necesitamos complementarnos y ayudarnos, no destruirnos, pero tenemos que llamar la atención a quienes, hablando de los pobres (a veces nosotros mismos hablamos de los pobres), y luego, vivimos una vida contraria o seguimos teniendo ambiciones y no renunciamos a ellas. Lo estamos viendo en estos días en el país, como todos los

grupos se organizan para que todo lo que puede mejorar la situación del país lo corroes y los hacen empeorar por buscar sus propios intereses. La Iglesia tiene que predicar la renuncia a los propios intereses, y el ajuste de lo poco, o mucho, que yo puedo ganar para ponerlo al servicio de las personas que más sufren.

Quiero agradecerles a los hermanos pescadores que hoy día han venido, porque son algo así como los representantes de las víctimas, de los pobres que el Señor quiere, ama y quiere ayudar, por los cuales Él se comprometió. Pero también ustedes, hermanos enfermos, sabemos cómo han sufrido y sufrimos por diversas enfermedades, especialmente la de la Pandemia.

Queremos agradecerles a los hermanos que están dedicados a servir: los médicos, las enfermeras, porque son como los discípulos, pero ustedes a diferencia de los discípulos, han bajado al llano, y el Señor les advierte a los discípulos: “Quién es discípulo, tiene que bajarse del segundo piso y ponerse delante de la gente, con la gente”. Y todos tenemos que usar ese camino, porque tenemos que hacer una conversión real de nuestra ciudad y de nuestra Iglesia.

Que Dios los bendiga, hermanos y hermanas, unidos en el Señor que es la fuerza de su pueblo, su gran libertador, demos testimonio de ese Dios que nos ama, unidos a todos los que más sufren, especialmente hoy día, rezando por nuestra querida Amazonía.